



# LA LEPROSA. (\*)

## BALADA.

Á MI QUERIDO AMIGO EL INSPIRADO POETA EUSKARO  
D. ANTONIO DE ARZAC Y ALBERDI.

El sol inunda con sus doradas ondas los montes y los valles euskaldunaks. Los verdes bosques de Arizcun on-

(\*) El barrio de *Bozate*, poco distante de la villa de Arizcun (valle de Baztan, en Navarra) y separado de ella por un torrente ó rio, ha estado siempre poblado de *agotes*. Estos, que habitaban tambien an un barrio de San Juan de Pied de Port llamado *Choubito* y en otros muchos pñeblos del país Vasco-navarro de ambas vertientes del Pirineo, han vivido en completo aislamiento, mirados con horror por todos los que no eran de su raza. Mucho se ha discutido respecto del origen de esta; pero es para nosotros inductable que los *agotes* eran descendientes de los leprosos de la edad media y esta es tambien la opinion de varios escritores, y sobre todo del erudito Dr. Mr. de Rochas, que en su notable y reciente obra titulada «*Les Parias de France el d' Espagne*» puede decirse que ha resuelto la cuestion. El fuero de Navarra dice: «*Infanzon ó villano si tornare gafo (leproso) en iglesia ó en abrigos de la villa non deve ser con los otros vecinos, mas que vaya á las otras gaferias. Et si dixiere el gafo, en mi hereditat puedo vivir que yré á otras tierras, ysca de la villa, el todos los vezinos de la villa faganli casa fuera de las heras de la villa en logar que los vezinos vean por bien. Este gafo mezquino que non pede cuidarse con lo suyo vaya demandar almosna por la villa et demande fuera de las puertas de los corrales con sus tablas el no haya solaz con los niños nin con los hombres iovenes cuando anda por la villa pidiendo almosna. Et los vezinos de la villa devieden á lures creaturas que non vayan á su casa por haber solaz con eyll. Et eyll non dardo solaz, si daino viniere, el gafo non tiene tuerto.*»

En otros países las leyes eran todavía más severas que en Navarra; pero seríamos injustos si acusásemos de dureza á los que las hicieron, pues gracias á tal rigor pudo salvarse á las generaciones modernas de ese horrible contagio hereditario de la lepra, verdadero azote de la edad media. Para los leprosos ó gafos, muchos de los cuales no carecían de comodidades, el martirio mayor era, quizá, el apartamiento á que estaban condenados.

La santa caridad cristiana, á la que no espantan plagas contagiosas é incurables, recibía en sus brazos á los infelices que la sociedad rechazaba, y los religiosos de San Lázaro se encerraban en las leproserías para asistirles espiritual y corporalmente y morir con ellos.

(Nota del autor.)

dean mansamente agitados por las brisas primaverales, é indefinibles armonías se escapan de su seno, donde todo se regocija y canta; el avecilla en su nido de blando musgo: el insecto de brillantes colores sobre la leve yerba del prado, y en su escondido lecho el inquieto arroyuelo que aves é insectos, yerbecillas y flores acarician y besan amorosamente.

¡Cuán magestuosa y bella aparece la naturaleza á los ojos de la hermosa Mari, la hija del *gafo* Pierres, que asomada á una ventana de su vetusta choza de Bozate contempla extasiada la obra de Dios!

Su cándida mirada se fija con infantil curiosidad en tan grandioso cuadro y su rostro refleja inmensa alegría; pero cuando retirándose de la ventana vé en un rincón del pobre hogar á sus padres, sobre cuyos andrajosos trajes resalta el trozo de paño rojo que llevaban los leprosos para que distinguiéndoles de lejos pudiera huírse de ellos, y mira colgadas del ahumado muro las tabletas con que estaban obligados á anunciarse cuando iban á implorar la caridad, todo aquel mundo de aromas, de colores y armonías desaparece súbitamente; la fisonomía de Mari se contrae; los sollozos la ahogan y despues de un largo silencio murmura con voz débil:

—Madre; ¡Cuán felices son las avecillas de las selvas que nacen, se aman y cruzan libres el espacio sin inspirar horror á nadie! Vos, que antes de que os tornaseis leprosa habitabais también en libertad en ese hermoso mundo, decidme: ¿qué es la vida?

—La vida—contesta con ronca voz el *gafo* Pierres adelantándose á su esposa—la vida es el martirio; es el camino sembrado de espinas que el hombre tiene que recorrer con el alma y el cuerpo desgarrados, y que concluye cuando ya no le queda dolor por conocer; es sima ardiente como las bocas del *Heren-sugue*, en donde cae al nacer y á cuyo fondo nunca llega..... De nada ha de servirte el no ser aun leprosa como nosotros, porque sana ó enferma eres nuestra hija y á ti también te alcanza la maldición que nos abruma. Á pesar de tu juventud, de tu belle-

za y de tus virtudes las gentes huirán de tí con espanto; tus ensueños no deben traspasar el recinto de Bozate, donde solo podrás amar y ser amada de un *gafo*; cuando reces, elevarás tus oraciones separada de los demás cristianos, y cuando mueras reposaras también en tierra separada, sobre la cual solo los miserables como nosotros se atreverán á derramar sus lágrimas si es que alguna les queda! Esa es la vida, y si acaso hay seres felices al otro lado de ese río que nos separa de Arizcun, será quizá que Dios los ha creado para que comparándonos con ellos fuese mayor nuestra desgracia.

—¡Pierres!—esclama la madre de Mari con viveza—los sufrimientos te vuelven loco y estás ofendiendo á Aquel que nos dá el pan de cada día y ama por igual á sanos y á enfermos y llena nuestras almas de esperanza; la existencia, con libertad sin ella es siempre triste carga para el que no se conforma con su suerte. Si nuestros ojos y nuestros corazones no deben fijarse más allá de este barrio de Bozate, ¡quien nos impide elevarlos á Dios á todas horas! Bendito sea Jaun-goikoa y cúmplase su santa vol un tad!

\*  
\*\*

El sol filtra sus ondas por entre las girones de la niebla é ilumina con pálidos reflejos los montes y los valles euskaldunaks.

Los amarillentos bosques de Arizcun ondean agitados por las frías brisas otoñales; las ramas crujen y de las profundidades de las selvas se escapan quejumbrosas armonías; las hojas secas caen y revolotean por el húmedo suelo; las avecillas abandonan sus nidos y emigran en bandadas: los insectos que aun viven se ocultan en las grietas de las rocas y los troncos; las flores de la pradera ya no existen.

¡Cuán magestuosa aparece la naturaleza á los ojos de la hermosa Mari, la hija del *gafo* Pierres, que desde su choza de Bozate contempla tristemente la obra de Dios!

Confundidos con los rumores de las montañas, las ráfagas del viento traen ecos vagos de voces y cantares animados, gritos alegres y frescas carcajadas, á las que se unen los cadenciosos sonidos del silbo y el tamboril, que cada vez se escuchan más cercanos.

Un grupo numeroso de montañeses en traje de fiesta se dirige hácia la iglesia de Arizcun, cuyas campanas parecen saludarles con su voltear precipitado; es la boda de Gueretchan, el del caserío de Ureder; el único que no siendo leproso ha dirigido palabras de cariño a la hija infeliz del gafo Pierres.

El bullicioso grupo se aproxima, llega..... pasa ya por delante del barrio de Bozate, del que todos apartan la vista con horror!.... Solo Gueretchan fija en él su mirada tristemente. Sus ojos se encuentran con los de Mari, que palidece y retirándose presurosa oculta su rostro en el regazo de su madre.

\*  
\* \*

Las sombras de la noche envuelven lentamente los montes y los valles euskaldunaks; la nieve cae en espesos torbellinos; los desnudos robles parecen, al agitarse, esqueletos que tiritan bajo su sudario; solo se escucha en el fondo de las selvas el ahullido del lobo y el crujir de las ramas que troncha el huracan.

En el siniestro barrio de Bozate destácanse sombrías las viviendas de los leprosos y diríase que allí la noche es más oscura; el frio más intenso, y más triste la voz del viento, á la que se unen quejidos de dolor y gritos de desesperacion.

En la choza del gafo Pierres, iluminada por una tea de resina, Mari yace moribunda en un miserable lecho y clava alternativamente sus ojos con indefinible expresion de amargura en su madre, que solloza á su lado, y en su padre, que sentado delante del frio hogar oculta la frente entre sus manos.

Cerca de ellos un anciano religioso de San Lázaro, que

ha administrado los últimos sacramentos á la enferma, recita á media voz las oraciones de los agonizantes ante una tosca cruz de palo.

—Padre, balbucea Mari dirigiéndose al Sacerdote, la vida es triste, pero ¡qué es la muerte que tanto miedo infunde!

—Morir para los que, como tú, mueren en el Señor,—contesta el religioso—es llegar á la pátria despues de dura peregrinacion; es separarse el alma de la hedionda materia como en tu pobre hogar sale del tronco carcomido que se convierte en ceniza la pura llama que se eleva al cielo; es arrojar en los umbrales de la casa paterna la enlodada vestidura del camino y revestir la blanca túnica del ángel; es volar, libre de las cadenas de la carne, para reposar eternamente feliz en el seno de Aquel que ha dicho: *¡Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados!*»

La jóven fija sus vidriosos ojos en el crucifijo; su rostro, transfigurado por la fé, refleja angélica alegría, y sonriendo dulcemente entrega su alma pura al Criador.

Y mientras el gafo Pierres y su esposa dejan correr sus lágrimas sobre la helada frente de la hija de su corazon, como resbala el rocío sobre una estatua de alabastro, la nieve oculta más y más las chozas de Bozate; óyese el ahullido del lobo y el crujir de los robles; el viento redobla sus gemidos..... y como una melodía del cielo y un grito de esperanza lleva sobre sus alas por entre las miserables viviendas de los leprosos las últimas palabras del Sacerdote: *«¡Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados!»*

JUAN ITURRALDE Y SUIT.

Pamplona, 15 Diciembre 1883.

---

---